

La formación del comunicador social en tiempos de crisis

Decana de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Lima.
Dirección: Avda. Javier Prado Este s/n, Monterrico, Lima, Perú.
E-mail: tquiroz@ulima.edu.pe

● María Teresa Quiroz

Las circunstancias particularmente difíciles por las cuales pasa la formación de los comunicadores sociales en nuestra región se desarrollan en un contexto evidentemente complejo y conflictivo como el que vive el mundo entero.

Las urgencias de la vida social y política, y las demandas crecientes de los diversos sectores de la ciudadanía por convertirse en actores deliberantes, nos plantean hoy en día nuevos campos en la formación de comunicadores, en su encuentro con nuestras realidades particulares y todas aquellas comunes a la región andina. Hoy más que nunca la formación en comunicación tiene que incidir en la preparación de profesionales con un alto sentido de la ética, conocedores de las características del espa-

cio público, de la interrelación entre sociedad civil y poder político, y del manejo de los instrumentos necesarios para contribuir a desarrollar espacios de deliberación que permitan promover una ciudadanía activa y participativa.

LA IMPORTANCIA DE LO PÚBLICO EN LA FORMACIÓN ACADÉMICA

En el siglo XX, particularmente después de la segunda mitad, se ha evidenciado lo que podríamos denominar la crisis de lo público. El individuo se repliega hacia su intimidad familiar y se producen naturales cambios en las relaciones sociales. La crisis económica amenaza el trabajo y su estabilidad, y pierden sentido muchas prácticas que se habían mantenido como permanentes en la sociedad. A propósito del tema de la clase obrera de los Estados Unidos, Richard Sennett, en su libro escrito hace 25 años, *El declive del hombre público*, sostuvo que muchos dieron la bienvenida al individualismo, el crecimiento del ámbito personal y de la intimidad y la entronización del yo. En otro libro, más reciente, *La Corrosión del Carácter*, Sennett advierte sobre la irrupción del egoísmo autodestructivo, el decaimiento de la civilidad burguesa y del espacio público. Si bien no es un manifiesto contra la globalización, es un relato de los «tropiezos» de la identidad de las personas en sociedades donde impera el corto plazo y la fragmentación.

Sennett contribuye a evaluar el enorme impacto que tienen las formas del nuevo capitalismo en la manera en que los individuos construyen su personalidad, sus

hábitos y su visión del mundo aplicada a la vida cotidiana. Sostiene que el «nuevo capitalismo» no solamente produce cambios sustanciales en las formas organizativas de la producción y del trabajo, sino que provoca una desestructuración del carácter tal y como se fue moldeando sobre la base de la rutina, la experiencia, la carrera y las jerarquías. Por lo tanto, lejos de fortalecer la autodeterminación de los individuos, genera un desorden vital de personas arrojadas a la experiencia del riesgo, la inestabilidad y la incertidumbre.

Esta fragmentación, la flexibilidad del empleo y la hipercompetitividad destruyen las relaciones entre la familia, los compañeros de trabajo y los vecinos del barrio, al **fracturarse una narrativa compartida** de las dificultades.

En palabras de Jesús Martín Barbero, estamos en una **sociedad descentrada**, «... -que ni el Estado, ni la Iglesia, ni los partidos políticos pueden ya vertebrarla y estructuralmente mediada por la presencia de un entorno tecnológico productor de un flujo incesante de discursos e imágenes, lo público se halla cada día más identificado con lo escenificado en los medios, y el público -cada vez más lejano del pueblo-, con sus audiencias»¹. En ese sentido, se «fabricaría» una opinión pública a través de encuestas y sondeos, que «tiene así cada vez menos de debate y crítica ciudadanos y más de simulacro: sondeada -sometida a un montón de sondeos diarios- la sociedad civil, pierde su heterogeneidad y su espesor conflictivo para reducirse a una existencia estadística. Y el vacío social de la representación facilitará la asimilación del discurso político

al modelo de comunicación hegemónico, esto es, el que proponen la televisión y la publicidad»².

A esto se suma que en América Latina lo público fue vaciado de sentido. Y esto ocurrió por la identificación de lo público con lo estatal. «El autoritarismo en América Latina no puede ser entonces comprendido como una tendencia perversa de sus militares o de sus políticos; responde a la **precaridad de la sociedad civil** y a la complejidad de mestizajes que contiene. De ahí la tendencia a hacer del Estado-nación la figura que contrarreste en forma vertical y centralista las debilidades societales y las fuerzas de la dispersión»³.

ALGUNAS CONTRIBUCIONES A LA FORMACIÓN DEL COMUNICADOR SOCIAL

Para quienes tenemos la responsabilidad de formar comunicadores sociales que se van a desempeñar en la vida pública, en sectores públicos o privados, resulta relevante relacionar la Universidad, la ética y la comunicación, especialmente en estos tiempos. No se trata, por supuesto, de un problema que se agota al introducir contenidos o materias como los de ética o deontología, ni mucho menos limitarse a la crítica moralista a los contenidos de los mensajes que los diferentes medios ofrecen al público. Es un asunto que va más allá y toca las fibras y el sentido mismo de la Universidad y de su responsabilidad en tiempos de una crisis moral que asola nuestros países.

Transformaciones muy importantes se vienen gestando y tomarán forma en el transcurso de

este nuevo milenio. La sociedad de la información trasciende largamente el ámbito de las comunicaciones y supone, más bien, cambios profundos en la economía, la política, la cultura y el mundo del trabajo.

Podemos decir que dos ámbitos decisivos de la vida se encuentran hoy globalizados y cruzan fronteras sin limitaciones de espacio ni de tiempo: la información y las finanzas. Pero el incremento de la circulación se distribuye de modo paradójico entre las personas: un informe reciente de Naciones Unidas sobre concentración de la riqueza en el mundo indica que actualmente la fortuna sumada de las 225 familias más adineradas del planeta es equivalente a lo que posee el 47% más pobre de la población total del mundo y las tres personas más ricas poseen más dinero que el PBI sumado de los 48 países más pobres. Para los demás, para las mayorías, las manos vacías y los ojos colmados con imágenes del mundo⁴.

Estos pocos datos sólo para contextualizar el papel de la Universidad y de la enseñanza, porque indudablemente se alteran las formas de producción, apropiación y utilización del saber. La explosión de la información y del conocimiento han desbordado las viejas fronteras de los centros de educación. Las escuelas y universidades ya no son los únicos centros de la racionalidad y del progreso científico o social, ni los únicos que controlan la distribución del saber social. Tienen que competir con el generado autónomamente por los sistemas industrial, financiero y militar y con el que producen y mantienen los medios de comunicación que se han convertido progresivamente en el

nuevo soporte del conocimiento público. Es el «aula sin muros», en la conocida frase de Marshall McLuhan⁵. Es por ello que el gran riesgo para nuestras universidades es mantenernos sólo como observadoras en la sociedad del conocimiento.

En tiempos en que la eficiencia se ha convertido en un valor supremo, la decisión de formar profesionales, ciudadanos responsables, y de invertir en investigación, resulta estratégica para impulsar y promover el desarrollo en nuestros países, desde el punto de vista de las necesidades públicas, la competitividad y la globalización. A diferencia de una universidad que aporta únicamente profesionales, al ofrecer conocimiento y creatividad, la universidad emprendedora inevitablemente interviene en el destino colectivo desde su ubicación autónoma en la sociedad civil.

Sin embargo, la presión por adaptar la enseñanza y la investigación a las demandas económicas, técnicas y administrativas del momento, propone métodos y recetas que limitan la enseñanza general y marginalizan la cultura humanista. Estas tendencias superadaptativas no son precisamente signos de vitalidad, sino anuncios de senilidad y muerte, porque se pierde la esencia creativa. Se trata de evitar el fraccionamiento entre el pasado y el presente, el conocimiento humanístico y el científico, la tecnología y el arte. La formación universitaria ligada a la realidad tiene que **unir, integrar**.

Esto significa abogar por la reflexión interna en nuestras facultades de comunicación y sostener que el conocimiento progresa no sólo por la sofisticación en

la formalización y abstracción, sino por la capacidad de contextualizar. Esa capacidad necesita de una cultura general y diversificada, y sobre todo de un **espíritu vivo, y de una actitud frente a los otros, de una actitud ética**. En la idea de universidad tiene que estar presente la necesidad de garantizar **“miradas múltiples”**, cuyo punto de convergencia es la realidad.

La tentación neo-liberal, sin embargo, tiende a descontextualizar los hechos, a pensar en sociedades sin historia y cultura, a evitar las diferencias y afirmar las generalidades. El comunicador social formado en la Universidad y que deberá desenvolverse en relación con los medios tiene que poseer las herramientas para ubicarse en sociedades complejas que expresen la persistencia y el encuentro de la tradición y la modernidad, de lo local, lo regional y de lo nacional y transnacional.

Durante mucho tiempo la relación universidad-sociedad y universidad-mercado de trabajo fue planteada como una relación de oposición. Considero que hoy estamos superando esta oposición porque pensar en el mercado es pensar en las variables del consumo, de las cuales la dimensión socio-cultural es vital. Podemos advertir dos lógicas presentes en los medios de comunicación. La económica y comercial que los preside, frente a otra social y política que los obliga a expresar y mostrar los intereses públicos manifiestos en temas educativos, culturales y propios de la comunidad. Podríamos hablar de una oposición entre su carácter y naturaleza privada y su función pública, de la cual depende su éxito económico y comercial.

Es por ello que podemos afirmar que el buen desempeño profesional significa incuestionablemente un compromiso ético. A esto se interponen el caos del mercado de trabajo y el desfase entre el nivel ético y la precariedad del trabajo profesional, es decir de las condiciones a las que se ve expuesto el nuevo profesional.

Por otro lado, es también una obligación de la Universidad -en este caso de su Facultad de Comunicación- contribuir, proponer y exigir a los medios su aporte a la cultura, a la calidad de la vida democrática, a la participación ciudadana y la expresión de la diversidad del país ya que la función social de los medios en la democratización de las sociedades se refiere a la posibilidad que tengan de contribuir a elaborar consensos en medio de conflictos, la búsqueda de la transparencia en la información de los hechos y la actuación de los personajes políticos, la complejización y no la trivialización de los problemas sociales y políticos.

Una de las funciones más importantes de los medios es la socialización, ya que a través de su discurso e imágenes la población recibe significados comunes mediante los cuales se establecen relaciones con el entorno, vínculos entre las personas, se comparte imaginarios e interpretaciones. Pero también se discrimina temas, modelos de vida y sectores de la sociedad, porque no todo está representado. Y esto puede ocurrir porque los medios no son simplemente intermediarios, sino mediadores sociales. No son sólo vehículos de transmisión de información, sino creadores y recreadores de comprensiones de lo social. Proveen horizontes de interpretación de lo

cotidiano y puntos de producción e intercambio de sentidos.

La función de fiscalización que cumplen los medios está hoy bastante generalizada. Pero también ocurre que de alguna manera los ciudadanos habrían desplazado esta función hacia los medios y estarían eximiéndose de adoptarla, cuando en una sociedad democrática los ciudadanos debieran mantener una relación constante con el Estado, tanto para hacer efectivos sus derechos, como para cumplir con sus obligaciones de todo tipo, no sólo electorales, sino de análisis y orientación de los problemas nacionales, de desarrollo, locales, municipales.

Es por ello que una evaluación de la calidad de cualquier democracia contemporánea necesariamente implica una reflexión sobre el papel de la prensa y su relación con la formación de la opinión pública.

¿Y EL ROL DE LOS COMUNICADORES?

Quisiera cerrar estas reflexiones señalando que, en general, la vocación universitaria está cada vez más relacionada con lo que afecta a la sociedad y compromete su futuro en cada uno de nuestros países y en el mundo entero. La Universidad tiene que aportar conocimiento y creatividad e intervenir así en el destino colectivo del país. Su estabilidad y la continuidad de sus intereses y proyectos para la comunidad deben singularizar su camino con respecto a lo que anuncian las visiones puramente tecnocráticas.

Por ese motivo es esencial en la formación de los comunicadores

sociales su vinculación con los diferentes actores de la comunicación. Desde múltiples opciones profesionales y de especialización, en participar de la esfera pública moderna, plural y descentralizada es una opción que atraviesa a todos los que estudian e investigan, así como los profesionales en el medio. Formar comunicadores para la vida pública y ciudadana y asumir el riesgo de liderar propuestas de cambio es no solamente un reto, sino una obligación.

NOTAS

1. Martín Barbero, Jesús. *Reconfiguraciones comunicativas de lo público*. En la Revista ANALISI. Cuadernos de Comunicación y Cultura. Universidad Autónoma de Barcelona, Belaterra, 2001.
2. Ibid.
3. Ibid.
4. Hopenhayn, Martín. La aldea global entre la utopía transcultural y el ratio mercantil: paradojas de la globalización cultural. En: *Cultura y globalización*, Carlos Iván Degregori y Gonzalo Portocarrero (ed.). Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú, PUC, IEP, UP, 1999.
5. Pérez Tornero, José Manuel. Las escuelas y la enseñanza en la sociedad de la información, en Pérez Tornero, José Manuel (compilador) *Comunicación y educación en la sociedad de la información*, Barcelona: Paidós, 2000.